

ma Thurston, pude observarla de cerca y sin el artificio que da de por sí la escena.

Josefina siempre sonríe y es extremadamente sensible y silenciosa. Habla muy poco; sólo en escena ríe y alza la voz. Tiene el espíritu joven y alegre. Es respetuosa, atenta y delicada. Su cultura y educación, elevadísimas.

Jo Bouillón está pendiente constantemente de su mujer. Para ella no hay nadie más que su marido.

Tiene Josefina unas leves arrugas en los ojos, que tapa en escena con hábiles tocados. Fuera de ella, no la importa mostrarlas.

—¿Su mayor emoción? —la pregunté.

—El sólo hecho de vivir me emociona constantemente. Diga mejor mis mayores alegrías. ¡Pues el día que me casé y la audiencia que me concedió Su Santidad...! El día que me retire también estaré contenta.

Al poner cara de extrañeza, ella prosiguió:

—No le extrañe. Me iré alegre, sin una lágrima cuando se apague ante mí el último foco. Mi misión habrá sido cumplida, y tengo otras en qué ocuparme.

Y así fué. Josefina se ha ido contenta y joven. Un ejemplo más para este mundo triste y decadente.

Al hablar en español se defiende bastante bien. Desde hace veinticinco años en que hizo su presentación en el *Teatro Metropolitano*, de Madrid, Josefina vino a España con bastante regularidad.

En el año 1954 la volví a ver actuar en «Pavillón». La encontré, en solo un lustro, más estilizada, más señora, más sosegada y serena.

Sin embargo, para mí el primer encuentro y recuerdo es el imborrable.

Recuerdo, por cierto, que «Puede que sí! ¡Puede que no!», así se titulaba aquella revista, era un buen espectáculo. Actuaban en él Trudi Bora, con más kilos que aquella otra Trudi impresionante de «Tropical Express», menos ropa y menos años, recién llegada de la *Scala* de Berlín.

Cantaba también en este espectáculo Ana María González y dirigía, cuando ella actuaba, Balbi Cotter. Cuando salía Josefina Baker, la orquesta la llevaba su marido. Aquel lujo de directores, dirigiendo cada uno a su favorita, no le he vuelto a ver más a las claras.

Intervenían Gustavo Re, otro simpático elemento artístico procedente de la resaca bélica, Miriam Kleckowa, que merece un capítulo aparte, y Rubens Melo, el desenfado animador, que entonces empezaba, y que hoy es insustituible con su *smoking* rojo en los *show* de

«Villa Rosa» y tantos otros de alegría y feliz memoria.

Hoy la revista decae. Los últimos puntales dicen adiós. La retirada de Josefina no puede ser más oportuna, estratégica y afortunada. ¡Enhorabuena!

Tendrá suerte y será feliz al lado de su marido y de esos siete chiquillos que, como el arco iris, son de siete colores.

Por Josefina jamás la alegría estará ausente de su hogar.

The battle of Jerico es un canto negro, una espiritual negra que ella y su sonrisa contagiosa saben decir como nadie en el mundo.



Celia Gámez. Sí, voy a decir algo sobre Celia, pero poco, porque sé mucho. Lo tengo escrito a lo largo de muchas cuartillas y las guardo para otra ocasión.

Voy ahora a decir solamente algo, mejor que sobre Celia, para Celia.

Su amistad me impide ser indiscreto hasta cierta medida y desde luego lo que diga siempre será bueno, porque a Celia, que en cierta ocasión me dió pruebas de gratitud, la tendré que pagar siempre con la misma moneda.

Me la han recordado ahora dos cosas: los negros que ella ha llevado a «El Aguila de Fuego» y la retirada de Josefina. Dos ideas en una sola asociación.

«El Aguila de Fuego», porque es un éxito, y un éxito es lo que ella andaba buscando para hacer muchas cosas, entre ellas, principalmente, retirarse.

Pues bien, aquí tiene Celia su triunfo. Yo con él entre las manos la diría: ¡Esta es la ocasión, aprovéchala!

¿Para qué? Para irte inteligentemente, con la misma sabiduría de «la Baker», en el momento oportuno en que todos los públicos proclaman: ¡Está como nunca!

Efectivamente, como mujer y como artista está como nunca, y con este agradable recuerdo queríamos, Celia, conservarte siempre en nuestra memoria.

Además... además por España hay demasiadas conversaciones de cocheros. Una mujer en Francia, una mujer mimada de París, se comprende; a los 50 años está en la plenitud de todas sus facultades. Podríamos dar nombres.

Aquí ocurre lo mismo; es decir, la mujer puede estar admirablemente conservada, pero la cuenta se la

llevamos al día y lo peor de ello es que se la llevamos equivocadamente y con malicia.

Nos gusta levantar ídolos en un día, pero disfrutamos mucho más derribándolos en doce horas.

Parece imperdonable una vida de constantes éxitos y triunfos. El que la aguanta, la mantiene y la soporta es un héroe.

Es una lucha diaria y agotadora; tú lo sabes, Celia, que merece ser abandonada en un día de triunfo e irse a descansar a Recoletos, donde tú tienes un hermoso hogar que te está esperando.

Ahora es la ocasión y Celia lo hará. Lo más dos temporadas, lo que dure «el águila».

Celia no ha tenido suerte en algunas cosas... Ha luchado por ellas, pero... se convirtieron en decepciones.

Cuando «Dólares» creyó que era el final, pero ni «Dólares» ni el caballero de los *dólares* dieron resultado. En realidad F. L. nunca llegó a comprender a Norteamérica.

No importó, porque Celia continuó sola hasta conseguir lo que quería. Su virtud, es la constancia; su afán de superación, su arte, el más difícil todavía... pero también es cierto, Celia, que hay que descansar.

Eres más joven que Josefina, y si ella nos dejó un buen recuerdo, tú nos le debes dejar mejor.

A los desmemoriados yo les recordaría muchas cosas. ¿Me permites?

Les recordaría un sábado de Gloria, precisamente el del año 1927.

Entre otros estrenos, la Compañía de Felisa Herrero puso en el *Teatro de la Zarzuela* «La Reina del Directorio», y en el *Teatro Centro*, hoy *Calderón*, la Compañía de María Badía estrenó con grande éxito la obra de Lorente, música de Serrano, «Los de Aragón».

Tú, Celia, debutaste en una revista que se titulaba «El carnet de Eslava», en el teatro del mismo nombre. Tenías entonces 17 años. Para los aficionados, a las cuentas, la operación es sencilla. La cosa ocurrió en Buenos Aires un 25 de Agosto. Tu pasaporte está en regla.

En 1953 eras casi feliz. Viajabas con F. L. En X recordamos muchas cosas: Pierre Clarel, Estoril, «Hoy como ayer», «Las siete llaves», «La estudiante portuguesa» y ¡«Las Leandras»!!

Con este éxito de ahora y aquellos «narnos apoyaos en la cadera», es como te queremos recordar siempre.

FRANCISCO ZARCO MORENO